

ADOLFO MITRE



FRAGMENTO

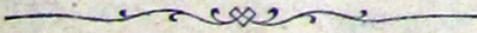
Del poema "ALBERTUS" de T. Gautier



CON UNA INTRODUCCION

DE

MIGUEL CANÉ



BUENOS AIRES

—
Imprenta de LA NACION, calle de San Martín número 208.

—
1879

XLIX

Amor! Ese es el único pecado
Que merezca la pena
De que uno pierda el cielo. En vano airado
El fraile en sus sermones te condena;
En vano en su sillón arrellanada
Con la gafa calada,
La mamá,—que en hacerlo es muy prolija,
Te pinta como un monstruo ante su hija.
En vano Orgon celoso
Echa cerrojo á puertas y ventanas,
En vano es que en su libro fastidioso

Muerto al nacer—el moralista soso
Clame en contra de tí con todas ganas;
 Las coquetas, en vano,
De tu poder se burlan, soberano,
Y la monja á tu nombre se persina.
El apuesto y el feo, jóven, viejo,
De la raza sajona ó la latina,
 O pálido ó bermejo,
Todos, todos de amor sienten la herida
Una vez por lo menos en su vida!

L

Yó, fué el año pasado
Que tuve la mania
De enamorarme—adios la poesía!
Ni un momento me hallé desocupado
Para rimar palabras. Solo amaba!
Ornar su cabellera en que mi mano
Como en un mar de ébano se hundia,
 Sentir que respiraba,
Verla vivir, sonreir si sonreia,

Con su encanto gentil bañar mi mente,
Leer en sus miradas sus deseos,
 Espiar sobre su frente
De sus sueños de amor los aleteos,
 De su boca de rosa
Aspirar el aliento con un beso,
Fué lo único que hice, y es con eso
 Que disipé mi tedio
 Cuatro meses y medio.

LI

Sin eso el universo
Hubiera recibido mi poema
Hácia mil ochocientos veintinueve
Y mas pronto tal vez, pero ni un verso
Escribí en ese tiempo, que hasta breve
Le parecía á mi pasión extrema.
Y sintiendo las horas tan fugaces
A fé que no querria ya perderlas
Ensartando en un verso frases, frases
Como se ensartan en un hilo perlas.

—Era en los tibios días del estío;
Yo iba á escuchar los mirlos canorosos
Paseando con ella el bosque umbrío;
Y allí con infantiles alborozos
Ella corria, y caza presurosa
 Daba á la mariposa
Sobre el césped mojado de rocío.
Iba siempre cantando, y ante ella
 Se inclinaban las flores.
Yo me estasiaba, y la natura bella
Sonreia al mirar nuestros amores.

LII

Mayo pintaba las cerezas rojas
 Entre las verdes hojas,
Si ella encontraba alguna, presurosa
Acudia conmigo á compartirla;
Yo resistia y era una batalla
Quien probaba la fruta apetitosa.
 Yo al fin lograba asirla
Ambos brazos y el talle y la obligaba

A abrir la boca que de risa estalla
Y morder la cereza. Se afanaba
Al principio por huir, pero sentia
La lucha desigual y demandaba
 Su gracia y prometia
Que su rescate en besos pagaria.
Y despues como un pájaro que abierta
Vé de su jaula la dorada puerta,
Se escapaba y corriendo iba salvaje
A esconderse detrás de algun follaje.

LIII

Y luego, al acercarme,
La sentia reir regocijada
 De poder engañarme.
Alguna abeja en su labor turbada,
Un insecto que audaz se solazaba
 Paseando su albo cuello
Y haciéndola cosquillas con su vello,
Prestó volver la hacia donde yo estaba
Dando gritos de pánico horroroso.

Refugiaba en mi pecho su cabeza,
Pálida, estremecida,
Sintiéndose de horror sobrecogida
Si caía una rama en la maleza.

Los *tic-tac* agitados
Del corazón, mover sobresaltados
Hacíanle sus senos, palpitantes
Cual tórtolas amantes
Que sorprendidas dentro de su nido
Se agitan anhelantes
Aleteando asustadas, con gran ruido.

LIV

Yo la tranquilizaba mientras tanto
Y con mano aguerrida
Cogía el monstruo, causa de su espanto,
Que pagaba el delito con su vida.
Serenábase entonces y reía
Mofándose ella misma de su miedo
Y abrazándome luego, me decía,
Hablándome muy quedo:

¡Oh Dios! ¡Cuánto te amo! Y me volvía
El beso que la daba.
Después desfallecida
Reclinaba en mi hombro su cabeza,
Sus párpados cerraba con pereza
Y á poco parecía ya dormida,
El sol, discretamente,
Un rayo deslizaba
Por entre el abra del remaje umbroso
Y lo hacía posar sobre su frente,
Que besaba radioso
Y con áurea diadema circundaba.
El ruiseñor sus armoniosos trinos
Daba á la brisa suave que indolente
Pasaba entre los pinos
Suspirando de amor lánguidamente.

LV

Callábamos en tanto y hasta triste
Nuestro aire parecía,
Y sin embargo, si la dicha existe

Aquí en alguna parte; la tenía

Nuestro ánimo cumplida.

—¿A qué hablar?— La palabra suspendida

Quedaba en nuestros lábios, sin aliento.

Sabíamos cuál era el pensamiento

Porque era uno tan solo nuestro anhelo.

Nuestro edén se encerraba en un abrazo;

El uno para el otro era su cielo;

Vibraban nuestras almas, abrazadas

Por invisible lazo

Como cuerdas á unísono templadas.

Y en la embriaguez de un éxtasis profundo

Ambos nos olvidábamos del mundo,

Y en nuestros ojos nuestro amor vehemente

Hallaba un horizonte suficiente.

LVI

Y esa dicha hoy no existé. ¡Quién creyera,

Somos el uno para el otro estraños!

Así pasa la dicha duradera;

El amor que á través de muchos años

Prometiera durar, pronto se esconde.
 El *siempre* de los hombres raras veces
 Alcanza hasta á seis meses.—
 Nuestro amor se marchó; sabe Dios dónde
 Y como aquellas lindas mariposas
 Que á veces de su mano se escapaban
 Y solo le dejaban
 El polvo de sus alas luminosas,
 Ella voló tambien, y solamente
 Dejó en mi corazon—que no mas largo
 Fué en el querer que el suyo indiferente—
 Dudas para el presente
 Y algun recuerdo amargo.
 Qué quereis! Es la vida estraña cosa;
 En ese tiempo amé y hoy me entretengo
 En poner los amores que ya tengo
 En unos versos que parecen prosa.

LVII

Benévolo lector, esta es mi historia;
 Y todo está fiélmente relatado,
 Tanto como recuerda mi memoria,

Registro embarullado,
De aquellas fruslerias
Que fueron mis placeres de otros dias.
Es la burbuja de jabon, pintada
Del prisma con los vívidos reflejós,
Que hácia el cielo lanzada
Vuelve á caer no lejos
En una gota de agua. disipada!

ADOLFO MITRE.



Esa fuerza incomprensible, esa personalidad profunda que se iergue en la creacion, sobre el pedestal de su propia vanidad y sombreada por el atributo esclusivo del dolor moral, el hombre, no es tal hasta que los años arrojan de su espíritu las últimas chispas brillantes y de su corazon los últimos sueños celestes. La juventud es el preludio, es la inconciencia, es la fé, son los entusiasmos sin causa, son los ímpetus misteriosos, es el amor al ideal, la eterna fantasía de la imaginacion, vagando en los oielos y cayendo rápida sobre la tierra en las noches de luna para tender la

escala de seda, aspirar una armonia ó arrullarse al cadencioso murmullo de las caricias.

Esa no es la vida, esa no es la tarea humana. La senda amarga se abre de pronto á los treinta años, cuando la memoria es ya dueña de un pasado. Entónces solo empezamos á comprender que el lento trabajo de gestacion moral ha terminado dentro de nosotros mismos y que del turbulento cáos de la adolescencia, de la febriciente actividad de la juventud, ha surjido un hombre. La inteligencia no se ennoblece ya por las sagradas inspiraciones del sacrificio, pero es mas intensa; el corazon no palpita á cada instante, pero sus pasiones son profundas, tienen conciencia de sí mismas y cuando vencen, no es ya sobre la blanda resistencia del jóven: suelen envilecer al que tiranizan.....

Juventus mundi, ha llamado Gladstone al libro admirable en que narra las deslumbrantes leyendas de la Grecia primitiva y ese solo título acaricia el espíritu. Como todas las co-

sas bellas, la juventud atrae: felices los que en su seno se agitan, abriendo el corazón á todas las influencias vigorosas y aspirando febrilmente la palpitante emoción de la hora presente!

Teófilo Gautier tenía veinte años, "Hugo lo amaba y lo dejaba sentarse como un page familiar sobre los escalones de su trono feudal. Ebrio de un favor semejante, dice él mismo, quise merecerlo y rimé la leyenda de Albertus."

Veinte años, un alma vibrante de fantasías y rebosando de emociones vagas, bebiendo la inspiración en la frente y la mirada olímpica de Victor Hugo, tendiendo la mano á Musset, á Gerard de Nerval, á Vigny, pasando sus noches en las deliciosas veladas del Arsenal ó en las tormentas de Hernani y sobre todo, aquella atmósfera del año treinta, esa resurrección del sentimiento de la naturaleza, esas concepciones, extravagantes á veces, fecundas siempre, del arte, la Edad-Media reaparecien-

do á los ojos del mundo con sus nobles y caballerescos representantes, sus torreones, sus luchas, sus sombras: he ahí, los elementos que modelaron las primeras manifestaciones poéticas de Gautier.

El que lea Albertus, vaga y confusa leyenda, sin mas plan ni método que la imaginacion caprichosa del poeta, tiene la nota de la época. Sus versos calientes producen la deliciosa impresion del recuerdo: esa vida se ha vivido, esas aspiraciones han ensanchado el corazon, esos placeres se han gozado.

Que extraño que Adolfo Mitre á los veinte años haya sentido la necesidad de rendir á esas estrofas delicadas el homenaje de verterlas á su idioma, envueltas en el ropage poético?

Para ninguno de los hombres que en nuestro país siguen con atencion el movimiento intelectual, puede ser desconocido el nombre de Adolfo Mitre, que ha sabido por sus versos

conquistarse una posición realmente envidiable á su edad. No hace mucho publicó la traducción de un fragmento del "Rolla" de Musset tan fiel como feliz. La frase clara y luminosa del poeta francés no había perdido nada de su elegancia y las ideas se movían en su nueva forma con igual soltura que en la primitiva. La publicación de ese fragmento nos hace esperar que pronto tendremos el poema íntegro vertido al español.

La traducción que va á leerse es tanto más notable, cuanto mayor dificultad ofrece el verso original y no es por cierto uno de los menores méritos de Adolfo Mitre haber salido airoso de esa empresa.

En cuanto á la recompensa... no la busque, ni tiene á que buscarla fuera de sí mismo. Las letras, como todas las cosas bellas de la vida, no son la estatua helada que jamás vibra bajo los besos de Pígalion: á aquel que les dá lo mejor de su savia intelectual, ellas devuelven horas deliciosas, profundas sensaciones y la

elevacion moral que no permite ya, nunca,
que la frente se arrastre sobre el lodo de la
tierra.

Junio 14—79.

MIGUEL CANÉ.

